

Bajo La ESTRELLA DEL NORTE

SERGIO MARTÍNEZ MEDINA

Estudiante de 8° semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UAA

Las llamas danzan, como queriendo acercarse a la aurora boreal. Björn yace tendido frente a mí. Crecimos como crece el hielo entre los volcanes, con la espada en nuestras manos. Nos hicimos fuertes y surcamos el camino de las ballenas, guiados por la Estrella del Norte. Solíamos decir que era una valquiria, y que algún día llegaríamos juntos al Valhalla. Soportamos el quebranto del alba y la caída de las hojas de Yggdrasill, que arrastraban con ellas la enfermedad y la guerra. Se poblaron de nieve las barbas, y aún los brazos perdieron el brío, pero nuestras palabras resistieron más que cualquier piedra; más que cualquier monumento.

Idénticos, cientos de miles marchaban, hijos del Sol Invicto, hijos ardientes de Muspel. Los gigantes regresaron a probar a los guerreros de Odín. Lucharon orgullosos, hasta que chocaron con los berserkers. Entonces les cayó la noche en los rostros y se desbandaron. Se nos subieron las llamas a la cabeza. Los perseguimos a través de robles y olmos, hasta que una lluvia de flechas nos cortó el paso. Caí herido entre los yelmos de las gentes del sur, donde no tienen alma. Björn me rescató, rugiendo mientras arrollaba a los hombres a su alrededor. Una flecha le atravesó el costado, pero escapamos entre furia y acero. Lo salvó la armadura de su padre, hace tanto tiempo ido. Él se recuperó rápidamente, y pronto aprendió a pelear con la cólera del Oso. No puse pie en combate durante dos inviernos, y dos inviernos temí volverme un draugr. Aprendí a dialogar con el fylgia y a leer las runas. Entendí la lengua que hablaba mi padre y que usaba para hablar con los dioses del viento, del mar y de la tierra. No éramos niños, pero aún no acabábamos de ser hombres.

Las nubes cubrían aquellas horas. Thor saltaba en la bóveda del cielo; el escándalo de sus pasos nos animaba a entrar a las olas del mar. Era la noche en que el dragón cabalgaría las olas. Los relámpagos golpeaban las crestas del horizonte, que se fundían con los fiordos en la oscuridad. Björn tomó las cuerdas e izó las velas. Sostuve una lámpara. Pasamos junto al ojo del Mælstrøm. Éramos un cuchillo que rasgaba las pieles del vacío. Nos sentimos inmortales con los cuervos volando a nuestra espalda.



SOLIGRAFÍA, JESHUA REYES

—¡Mira, Hermod! —me decías, con las manos amoratadas por el frío y por los golpes —si puedes sacar esta espada de la nieve, le diré a papá que te haga una de verdad. El hielo se amontonaba al lado de la vara de roble que clavaste en el piso. Nuestros padres se preparaban para viajar por órdenes del Jarl. Corrimos, tatuando nuestras huellas en la nieve, los cabellos dorados como las velas de los barcos. Queríamos alcanzarlos. Un herrero el tuyo; el mío un skald. Dejaron la casa cuando amainó la nevada. Ni una mirada hacia atrás. Trajeron de vuelta los tejidos de acero y las espadas, pero no las lágrimas. Los lobos nos devoraron el corazón, pero no el calor que conservamos aquí, en jaulas de huesos. Nuestros hermanos murieron mutilados, perdidos en las entrañas de los bosques. Nuestras hermanas fueron raptadas en alguna batalla sin nombre, en un tiempo que no queremos recordar, pero que nos unió bajo la misma piel, tal vez más que a los hermanos de sangre. Al cortarle la garganta a nuestra infancia, nos anudaron también el espíritu el uno al otro.

La tormenta arreció y no pudimos volver. Los rayos alcanzaron los dibujos de Gylfi que tantos días nos demandaron. El fuego se precipitó sobre nosotros, creciendo con el aceite de la lámpara. Como una roca del cielo nos incendiábamos; ardimos como una vara vieja de olmo. El palo se quebrantó; las cuerdas lo sacudieron como la almádena de un gigante. Quedamos a la merced de la marea embravecida.

— Hasta la muerte, Hermod.

— Hasta la muerte, Björn.

El escombros del drakkar arde a mi espalda. Tengo astilladas las manos, y los pulmones gotean una mezcla de sangre y desconsuelo; de sangre y de promesas que mueren con nosotros. La arena está ennegrecida en partes donde no llega la marejada. Las olas golpean cada vez más fuerte, pero no alcanzan a silenciar los gritos de Björn, muerto frente a mí; los gritos de la noche; los gritos de la tempestad que se desploma.

Me apagaré bajo el estruendo, iluminado por la luz de la Estrella del Norte.